

IN MEMORIAM, DOCTOR JORGE CARPIZO

Isabel CACHO

Mucho se ha hablado de la enorme trayectoria del doctor Jorge Carpizo, de todo lo que hizo por la Universidad Nacional Autónoma de México, por su Instituto de Investigaciones Jurídicas y, para ir más allá, lo que hizo también por este país.

Fue un hombre entregado a su trabajo, cualquiera que fuera la encomienda; siempre apasionado con lo que hacía, lo que decía y las decisiones que tomaba; realmente lo disfrutaba. Era un hombre que contagiaba su pasión y de quien se aprendía mucho, demasiado diría yo.

En esta oportunidad quiero expresar mi sentir hacia el doctor Jorge Carpizo, no como jurista o académico, sino como ser humano, con el derecho que me otorga el haber compartido con él, durante 14 años, toda clase de momentos y situaciones.

Quiero comenzar con aquel “buen día” (entrecomillado porque en realidad lo fue), un 1o. de abril, justo antes de su cumpleaños, cuando me informaron que a partir de entonces trabajaría directamente con el doctor Jorge Carpizo, quien se reincorporaba al Instituto luego de una prolongada ausencia. Debo decir que al doctor Carpizo nunca lo había tratado; sabía de él por lo que escuchaba de mis compañeras de aquel entonces, quienes se referían al doctor siempre con palabras elogiosas y con todo cariño y respeto. Lo había visto un par de veces, pero a la distancia. Me parecía una persona inalcanzable, luego de escuchar lo importante que era. ¡Qué agradable sorpresa me tenía la vida reservada!, cuando nunca siquiera imaginé estar cerca de él y mucho menos trabajar a su lado. Como dice una canción, ¡sorpresas que da la vida, sorpresas!

Pues bien, me condujeron a su oficina y me lo presentaron. Confieso que me dio temor, porque era una persona imponente. Fue muy amable conmigo; no obstante, reitero, tuve mucho miedo.

A partir de ahí mi vida dio un giro muy importante y muy bueno; a partir de ahí comenzó nuestra relación de trabajo. Poco a poco me fui ganando su confianza y después, creo yo, su estima.

Recuerdo que la primera semana, cada que lo veía entrar a su oficina me ponía demasiado nerviosa. Hubo un momento en que se lo dije: “doctor, perdóneme pero usted me pone muy nerviosa”. Me miró y me dijo con un tono de voz firme: “Isabel, usted no tiene por qué ponerse nerviosa, los dos estamos en el mismo barco”. A partir de ese momento, como por arte de magia, empezaron a disminuir los nervios.

Era una persona que me explicaba las veces que fuera necesario cómo quería que trabajáramos; así, por ejemplo, al segundo día de laborar con él, le dije: “doctor, ¿le puedo hacer algunas preguntas?”, sin confesarle, claro, que tenía un listado con aproximadamente 20 preguntas; con toda la atención y amabilidad las contestó una por una. En esa ocasión también le dije que cuando me equivocara en cualquier cosa, por muy grave que fuera, se lo haría saber para evitar malos entendidos. Él me dijo que estaba muy bien y así lo hice; nunca tuvimos problemas al respecto. Con el paso del tiempo me fui percatando de cómo le gustaba que se trabajara, cuáles eran sus gustos, qué le molestaba, qué le agradaba y varias cosas más. Fue muy paciente conmigo, aunque él decía que era al revés.

Durante 14 años, como dije antes, atravesamos diversas situaciones. Pasé por varias intervenciones quirúrgicas; él me apoyó en todo momento, tanto con las cuestiones de la oficina como con sus palabras de aliento y los innumerables detalles que siempre tuvo hacia mí. Podía contarle cosas personales con la seguridad de que me escuchaba con atención y que podía contar con su consejo. En ocasiones teníamos pequeñas charlas, donde él también me platicaba cosas de su familia, de cómo se sentía de salud y muchas cosas más.

Siempre estuvo al pendiente de mis hijos, en lo que podía les aconsejaba y apoyaba. Tuvimos una situación difícil, de salud, con mi hijo; el doctor Carpizo estuvo con nosotros en todo momento y se movilizó para que tuviera una atención inmejorable, de verdad fue algo, entre muchas otras cosas, de lo cual le estaré siempre agradecida. Con Wendy (una de mis hijas) fue siempre muy amable, de hecho formó parte del sínodo en su examen profesional de licenciatura; a ella le encomendaba la revisión de estilo de todos sus escritos antes de enviarlos para su edición. Con Karina (mi hija la mayor), tuvimos el honor de que nos acompañara en su boda, lo vi muy contento.

Podría relatar muchas situaciones, anécdotas, recuerdos. Con él viví una de las mejores etapas de mi vida. Dios me dio la oportunidad de trabajar con una persona tan maravillosa, una persona con quien aprendí grandes cosas, entre otras a ser HUMILDE. Nunca hacía distinciones con la gente que solicitaba una cita con él, así se tratara de la persona más reconocida

o de la que no lo era tanto; a todos los recibía por igual, y ¡no se diga de la gente de su Instituto!, siempre estaba dispuesto a atenderlos y, si estaba en sus manos, a ayudarlos.

A todas las personas que colaborábamos con él siempre nos protegía, nos cuidaba, nos trataba —me atrevería a decir— como si formáramos parte de su familia. Nosotros nos sentíamos como en una campana de cristal, a gusto, contentos, seguros; cuando él se fue, la campana se rompió y nos quedamos desprotegidos, desolados, inseguros, perdidos, con mucho dolor en el alma y en el corazón. Todavía me preguntó por qué se fue si aquí todavía tenía mucho que hacer, que componer, que aconsejar.

Doctor Jorge Carpizo, hombre alegre, con risa franca; hombre culto, todo lo sabía, inteligente, amable, sensible, también sabía enojarse —ante lo injusto—, maravillosamente humano, HOMBRE GRANDE, porque su grandeza se debía a que era ante todo un HOMBRE HUMILDE, HUMILDE en toda la extensión de la palabra.

Como señalé, el doctor Carpizo solamente se enojaba ante lo injusto o cuando de verdad lo ameritaba. En una ocasión, una persona, por alguna razón, lo hizo enojar; escuché que su tono de voz era muy alto, realmente enojado. A los pocos minutos esa persona se marchó y el doctor me marcó por el teléfono para que fuera a su oficina. ¡Estaba petrificada! Sin embargo, cuando entré y me senté donde siempre, con una maravillosa sonrisa comenzó a darme algunas instrucciones. Me quedé impactada al ver que no mezclaba a las personas en situaciones que no les correspondían; es decir, el enojo no era conmigo. Seguimos trabajando como si nada lo hubiera perturbado y cada vez me convencía más del hombre tan extraordinario que tenía por jefe.

Doctor Jorge Carpizo, nada ni nadie lo podrá sustituir en ningún ámbito, en ningún aspecto. Le doy gracias a Dios por haberlo puesto en mi camino o haberme puesto en el suyo. Mi más grande admiración, respeto y cariño para usted. Lo seguiremos extrañando porque nos sigue haciendo mucha falta. Y siempre, por siempre, lo llevaremos en nuestro corazón.